

La brújula indignada

Por Andrés Silva Haro

El barco indignado tiene problemas. Quienes subieron al mismo invitados por los sublevados marineros, no conocían el itinerario del capitán. La brújula no estaba descompuesta. El imán de la izquierda viene guiando la ruta, haciendo puertos en un programa paulatinamente menos presentable a la opinión pública mundial. La brújula indignada apunta siempre a la izquierda y quienes van dentro caminan hacia donde les lleva el siniestro capitán.

Para todos los gustos

Pero dentro, como en todo crucero, hay atracciones para todos los gustos. Salas y cine para los barbudos radicales, con campos de tiro y discursos tan inflamados que Trotsky, Mao o el mismo Bakunin quedarían perplejos por sus consecuencias. El Che les sonríe desde las pancartas que cuelgan en las paredes al ritmo de música “social y popular”.

Salones pulcros están acondicionados para la clase ejecutiva, con documentales y una nutrida biblioteca donde unos y otros confirman lo que todos dicen en la sala. La música de fondo es más producida, con tono grave como son las circunstancias que debaten. La comida es excelente y las alfombras mullidas van al tono de sus rostros bien afeitados, cabellos de salón de belleza, perfume y ropa a la moda indignada. La prensa del día, con sus enormes tijeras de la “realidad indignada” les informa de todo lo que necesitan saber sobre lo que ya creían. Los periodistas que envían las notas al barco, felices, se llenan de fama e incentivos.

Para los más jóvenes y no tanto, las salas de cubierta ofrecen coreográficas y rítmicas comparsas y murgas, acompañadas de globos, payasos y mimos, besos y abrazos repartidos a granel, al tono de las creaciones publicitarias lúdicas y creativas que tanta simpatía causan a los moderados que, arrugando la nariz, desaprueban los extremismos.

Guías indignados pasean a observadores y prensa por los salones, con paquetes turísticos al gusto de cada quien, para que vean sólo lo que les interese.

En cada puerto un amor

El barco sigue su rumbo, sin variar, sin cambiar sus destinos. La maquinaria mueve el barco lenta y continuamente. Los pasajeros, inmersos en sus intereses, no reparan en el itinerario. Recalan en un puerto, se indignan, ocupan y continúan el camino. En tierra quedan quienes desean hacer de ese puerto su nuevo espacio. Los indignados marineros toman nuevos pasajeros, acomodándolos según gusto y condición. Y prosiguen el camino.

El capitán sonríe, da órdenes a los maquinistas, pide bocadillos y gira el timón cada vez un poco más a la izquierda, a paso lento pero sin descanso.

A su paso el saldo de destrozos, vandalismo y costos económicos y sociales es proporcional a los anuncios del éxito de las movilizaciones, reportando a cada salón sus “triumfos imparables” y “nuevas esperanzas”.

El maquinista rojo

El capitán fuma un enorme habano, enviado con simpatías desde la cárcel caribeña. Y sonríe con el reporte. Toma el teléfono. Se comunica con tiranos, demagogos y dictadores. Todos le felicitan, agradecen sus resultados y prometen más recursos y pasajeros de refuerzo. Ellos se sienten cómodos, respaldados y sin amenazas a la vista.

Sólo interrumpe su feliz jornada para pedir reportes del clima de los nuevos puertos. Y de los ya visitados. El rastro de caos le recuerda el humo de su habano. Ha cumplido su tarea y nadie ve lo que no se desea que se vea.

El clima de los próximos destinos es tenso. Sonríe maliciosamente pensando en el rostro aterrado de las autoridades que sufrirán su arribo, tan torpes en su manejo del caos, tan condescendientes con los indignados y siempre tan dispuestos a negociar con los ocupantes.

“Gracias, Capitán”, dice un dictador al terminar un breve diálogo telefónico, “con su ayuda hoy somos los moderados. Antes fuimos los despreciados. Hoy somos la mejor alternativa”.

El conductor bebe un poco de ron caribeño, aclara la garganta y tomando el micrófono, comienza a transmitir las consignas por los altoparlantes. Explica los problemas que deben remarcar en el próximo puerto, las cifras y casos que deben tomar para su propaganda. Alerta a los más exaltados sobre las técnicas para intimidar a quienes no concuerden, ridiculizándolos, amenazándolos o, si es preciso actuar en grupo para acallarlos.

Las cuentas del caos

El barco prosigue su marcha. Protestan aquí, se victimizan allá, organizan recitales en otro sitio e invitan a estrellas del espectáculo para que les den apoyo y repitan – con emoción – alguna consigna prefabricada.

Los expertos en viajes pueden predecir su rumbo. Y el público internacional también. Su rastro es innegable. Los incendios arrojan saldos de destrucción, violencia y humo.

El barco no marcha solo. Goza de las simpatías de la prensa y de los poderes de siempre. Las tradiciones imperialistas de China y Rusia extienden manos paternalistas a los dictadores de turno. Sus totalitarismos de Estado, terroristas, militares y represivos no deben temer consecuencias internacionales. Los gigantes asiáticos se hacen socios comerciales y políticos de sus tiranías. Otros, con máscaras demócratas, simpatizan, apoyan, condenan cualquier acción que impida los crímenes y dictaduras con las que simpatizan.

Quienes antes rasgaban sus vestiduras y clamaban al mundo pidiendo sanciones, boicots, condenas internacionales, protestas fraternales y hasta intervenciones militares hoy piden apoyo, comprensión y solidaridad con los tiranuelos amigos.

El mundo al revés

Siria, por ejemplo, sufre una de las dictaduras más sangrientas del socialismo moderno. La década del régimen de Bachar Al Assad abrió el siglo XXI con una de las versiones más autoritarias y represivas del mundo. Fue la continuación de la saga despótica y sangrienta que el socialismo implantó allí desde 1963 a través del Baaz (Partido de Renacimiento Árabe Socialista) y que mantuvo a los al Assad en el poder desde 1970.

La Internacional Socialista – club VIP de dictaduras a la que pertenece la tiranía siria - consiente el uso del ejército, policía, checas¹ y mercenarios junto a violentistas agitadores para aplastar a los opositores, junto con una metódica represión y manipulación de la prensa y grupos sociales.

Gracias al paso del barco indignado, regímenes como el sirio puede continuar secuestrando, linchando impunemente, violando, torturando y asesinando con vejación de los cadáveres, sean de ancianos, mujeres o niños. Las masacres se cometen con uso del aparato estatal o de grupos armados que disparan, secuestran, ametrallan o bombardean a la población civil.

Bajo el amparo de la solidaridad socialista internacional y sus aliados, partidos como el Baaz sirio, con medio siglo el poder a través del golpe de estado – método favorito y tradicional rojo – del padre del actual dictador, oscurecen sus tierras con abusos, represión y grandes dosis de corrupción.

El barco indignado goza con los letreros luminosos de puertos como el sirio, con su lema “Unidad, Libertad, Socialismo” y sus más de 6.00 muertos (500 de ellos apenas niños) y miles de heridos más.

Les reciben con efusivos abrazos en puertos tan distantes como Cuba, China, Corea del Norte, Francia, España, Chile, Argentina, Venezuela, Ecuador, Colombia, Libia, Afganistán, Argelia, Reino Unido, Brasil, Canadá o los Estados Unidos de Norteamérica, con galas gubernamentales aquí o recelo de las autoridades y fiestas populares de los agitadores allá.

Baaz, digámoslo como ejemplo, nace como ideario nacional socialista laicista en muchos países árabes, pero fue en Irak y Siria donde se hizo del poder más brutal y prolongado. Con el tiempo mantuvo su fascismo popular hasta nuestros días, reuniendo a toda suerte de socios y aliados, tan afectos al terrorismo de Estado y represión.

Los socios rojos se miran con complacencia ante el auxilio, el nuevo oxígeno que llega con el barco indignado. Aire fresco que significa, ocasionalmente, derrocar a sus viejos ídolos para imponer soluciones más radicales. Socialistas como los regímenes de Túnez, Libia, Egipto o Irán que extendieron sus tentáculos de terrorismo internacional pueden respirar tranquilos gracias a la impunidad y continuidad de sistemas más duros, tras el paso del navío.

¹ Checas: grupos de delincuentes organizados informalmente para amedrentar y aplicar “justicia popular” a la población sometida a su ideología, dirigiendo su violencia hacia los “enemigos de clase”, disidentes y ciudadanos que deban ser atemorizados para evitar rebeliones.

Los regalos llegan. Vienen muchachos encapuchados portando los presentes y provisiones para los indignados. Desfilan islámicos escupiendo consignas contra occidente, abrazados de socialistas que corean las mismas consignas y se congradan con banderas de las tiranías de la Yihad. Junto a ellos hay narcoterroristas, comunistas postergados, anarquistas, terroristas separatistas y violentistas de toda clase que levantan sus puños para entonar los mismos y nuevos eslóganes, cargados de amenazas y frases sin sentido. Sean Hezbollah, ETA, FARC, mapuches, Hamas o ecologistas radicales, todos se encuentran a gusto y cooperativos. Sus rostros occidentales y medio-orientales, colombianos, norteamericanos, coreanos, venezolanos, cubanos, rusos, birmanos y de cien naciones no acusan recibo de los testimonios y acusaciones por violar los derechos humanos más elementales en sus países. Todos aparecen sonrientes ante las cámaras y aterradores ante las autoridades que intentan ponerles un freno.

Si Hitler hubiese conocido este barco, habría ganado la guerra, tanto por sus hermanos nacional socialistas modernos como por el apoyo irrestricto de las izquierdas a los regímenes dictatoriales, fanáticos y represores que defienden. O Stalin, que ya sonríe desde su oscuro lugar en la historia frente a las camadas de entusiastas defensores de sus crímenes y sistemas, que intentan imponer en las naciones libres o sostener en los países que ya tuvieron la desgracia de ser sometidos al terror rojo.

El barco prosigue su marcha. Atrás quedan los despojos, como antes fueron de los bárbaros en Europa, de sociedades libres, poblaciones seguras y derechos elementales.